tido el homicidio de desengañar á María; él se había inmolado para dejarla la alegría de su quimera, el divino sostén de haber sido curada por la Vírgen.

¿Dónde estaba el hombre duro que tendría la crueldad de impedir á los humildes creer, de matar en ellos el consuelo de lo sobrenatural, la esperanza de que Dios se ocupaba en atenderles, que les reservaba una vida mejor en su Paraíso? La humanidad entera lloraba, desatinada de angustia, parecida á una enferma desesperada, condenada á la que sólo podía salvar un milagro.

La imaginaba tan desdichada, temblaba de fraternal ternura ante este cristianismo lastimoso; la humildad, la ignorancia, la pobreza con sus andrajos, la enfermedad con sus llagas y su olor fétido; todo ese bajo pueblo de los pacientes, en el hospital, en el convento. en las bohardillas; y la miseria, la porquería la fealdad, la imbecilidad de los rostros, una inmensa protesta contra la salud, contra la vida, contra la naturaleza, en el nombre triunfal de la justicia, de la igualdad y de la bondad.

¡No, no! no convenía desesperar á nadie; era preciso tolerar á Lourdes, así como se tolera la mentira que ayuda á vivir. Y como Pedro había dicho en la cámara de Bernadette, ella seguía siendo la mártir, ella le revelaba la única religión de que su corazón estaba aún lleno, la religión del sufrimiento humano. ¡Ah, ser bueno, pensar en todos los males, adormecer el dolor en un sueño; mentir aun para que nadie sufra más!

Atravesaron una aldea á todo vapor, y Pedro vió confusamente una iglesia en medio de grandes manzanos. Todos los peregrinos del vagón se santiguaron. Pero ahora le asaltaba inquietud; varios escrúpulos rendían su ansioso desvarío. Esta religión del sufrimiento humano, este rescate por el sufrimiento, ¿no era también un engaño, una continua agravación del dolor y de la miseria? Es cobarde y peligroso dejar vivir la superstición. Tolerarla, aceptarla, es volver á comenzar y hacer eterna la sucesión de los siglos malos. Debilita, atonta; las faltas y los vicios devotos que la herencia lega hacen esas generaciones humilladas y temerosas; pueblos degenerados y, dóciles; toda una cómoda presa de los poderosos de este mundo. Se explota á los pueblos, se les roba, se les come, cuando han puesto el esfuerzo de su voluntad en la sola conquista de la otra vida.

¿No valdría más tener desde luego la audacia de operar á la humanidad brutalmente, cerrando las Grutas milagrosas donde va á sollozar, y entregándola así al valor de vivir la vida real, aún en las lágrimas? Lo mismo que el ruego, esa ola de continuos ruegos que subía de Lourdes, cuya incesante súplica le había bañado y enternecido, ¿no era tan sólo un mecimiento pueril, una degeneración de todas las energías? Allí se adormecía la voluntad, se disolvía el ser, tomando la vida y la

acción á disgusto. ¿A qué fin querer, á qué fin obrar, cuando se entrega uno completamente al capricho de una omnipotencia desconocida? Por otra parte, ¡qué cosa tan extraña ese loco deseo de prodigios, esa necesidad de impeler á Dios á trastornar las leyes de la naturaleza que el mismo ha establecido en su infinita sabiduría! Evidentemente allí había peligro y falta de razón; sólo era necesario desenvolver en el hombre, y sobre todo en el niño, la costumbre del esfuerzo personal y el valor de la verdad, á riesgo de perder la ilusión, el divino consuelo.

Entonces, una grande y completa claridad elevó é iluminó á Pedro. Tenía razón, protestaba contra la glorificación de lo absurdo y la caducidad del sentido común.

¡Ah; la razón! por ella sufría, por ella tan sólo no era feliz. Como había dicho al doctor Chassaigne, únicamente le abrasaba el deseo de comprobar cada vez más la dicha, que allí dejaba. Era la razón, la comprendía bien ahora; era ella, la que con continua revolución en la Gruta, en la Basílica, en Lourdes entero, le había impedido creer. No podía matarla, humillarla y aniquilarla, como su antiguo amigo, el gran anciano herido por el rayo, en la senectud dolorosa, vuelto niño en el desastre de su corazón. Era la dueña soberana; le tenía de pie aún en medio de las oscuridades y de los abortos de la ciencia. Cuando no se esplicaba una cosa, la razón le apuntaba: «Hay ciertamente una explicación natural que se me oculta». Repetía que no era posible tener sanamente un ideal, fuera de la marcha en lo desconocido para conocerlo, de la victoria lenta de la razón á través de las miserias del cuerpo y de la inteligencia.

El, sacerdote, era capaz de destruir su vida para sostener su juramento, en el combate de su doble herencia; su padre, todo cerebro; su madre, toda fe. Tuvo fuerza para matar la carne, para renunciar á la mujer, pero notaba bien que su padre le llevaba definitivamente porque el sacrificio de su razón, le sería en adelante imposible: no renunciaría á ella, no la mataría.

¡No, no! el mismo sufrimiento humano, el sufrimiento sagrado de los pobres no debía ser un obstáculo, una necesidad de ignorancia y de locura. La razón, ante todo; sólo tenía salud en la razón. Si bañado en lágrimas, si ablandado por tantas enfermedades había dicho en Lourdes que bastaba llorar y amar, se había engañado peligrosamente. La piedad no era más que un cómodo expediente. Es preciso vivir; es preciso obrar; es preciso que la razón combata el sufrimiento, á menos que no quiera eternizarle.

Pero de nuevo, en la rápida huída de la campiña se apareció una iglesia; esta vez en contacto con el cielo, en el límite del horizonte sobre una colina; alguna capilla, hija de algún voto, sobre la cual se erguía una gran estátua de la Santa Vírgen. Y una vez más hicieron todos los peregrinos la señal de la cruz.

Entonces extravióse nuevamente Pedro en su desvarío, y otra ola de reflexiones le entregó á su angustia. ¿Cuál era, pues, esta imperiosa necesidad del más allá qué torturaba á la humanidad paciente? ¿De dónde venía? ¿Por qué se quería la igualdad, la justicia, cuando esas cosas parecían ausentes de la impasible naturaleza? El hombre las había puesto en lo desconocido del misterio, en lo sobrenatural de los paraísos religiosos, y allí satisfacía su ardiente sed.

Siempre le había abrasado la sed inextinguible de la dicha; siempre le abrasaría. Si los padres de la Gruta hacían tan gloriosos negocios, era porque vendían lo divino. Esta sed de lo divino, que no ha podido extinguirse á traves de los siglos, parece renacer con una violencia nueva al fin de nuestro siglo de ciencia. Lourdes es el ejemplo brillante, innegable, de que nunca tal vez el hombre podrá olvidarse del sueño de un Dios soberano restableciendo la igualdad, rehaciendo la dicha con milagros.

Cuando el hombre ha tocado el fondo de la vida infeliz vuelve á la divina ilusión; y el origen de todas las religiones esta allí, en el hombre débil y desamparado, que no tiene fuerza para vivir en la miseria terrestre, sin la eterna mentira de un paraíso.

Ahora se había hecho el experimento; la ciencia por sí sola al parecer no era suficiente, y forzoso sería dejar una puerta abierta.

Bruscamente, sonó la palabra en el cráneo de Pedro, absorto en profundas meditaciones. ¡Una religión nueva! Esta puerta que era necesario dejar abierta sobre el misterio, era en suma una religión nueva. Operar brutalmente á la humanidad privándola de su sueño, arrancarle á la fuerza lo maravilloso de que tiene tanta necesidad como del pan para vivir, sería tal vez matarla. ¿Tendría ella jamás el valor filosófico de la vida tal como es, viviéndola por sí misma, sin la idea futura de las penas y de las recompensas?

Bien podía considerarse que se pasarían algunos siglos antes de que una sociedad bastante sabia pudiese vivir honestamente sin la policía moral de un culto cualquiera, sin el consuelo de una igualdad, de una justicia sobrehumanas.

¡Sí; una religión nueva! Allí brillaba; resonaba en él, como el grito mismo de los pueblos, la necesidad ávida y desesperada del alma moderna.

El consuelo, la esperanza que el catolicismo había aportado al mundo parecía extinguida, después de dieciocho siglos de historia, de tantas lágrimas, de tanta sangre, de tantas agitaciones bárbaras y vanas.

Era una ilusión que se iba, y por lo menos sería preciso cambiar de ilusión. Si antiguamente habíase arrojado uno en el paraíso cristiano, provenía de que entonces ofrecíase como la joven esperanza. Una religión nueva, una nueva esperanza, un nuevo paraíso; sí; el mundo tenía sed de él en el malestar en que se debatía.

Y bien lo notaba el padre Fourcade, quien no otra cosa quería decir cuando se afanaba suplicando que se llevase á Lourdes el pueblo de las grandes poblaciones, la masa intensa de los humildes é ignorados habitantes que forma la nación. Cien mil, doscientos mil peregrinos al año en Lourdes, todavía no eran más que el grano de arena. Hubiera sido preciso el pueblo, el pueblo todo entero. Pero el pueblo ha desertado para siempre de las iglesias y ya no pone su alma en las santas vírgenes que fabrica; nada podrá en adelante devolverle la fe perdida. ¡Una democracia católica, y la historia comenzaría de nuevo! Pero ¿era posible esta creación de un nuevo pueblo cristiano? ¿No sería necesaria la venida de un nuevo Salvador, el soplo prodigioso de un nuevo Mesías?

Este grito sonaba siempre, acrecentado como un volteo de campana, en el pensamiento de Pedro ¡Una religión nueva, una nueva religión!

Estaría indudablemente más cerca de la realidad de la vida, haciendo en la tierra un papel más ámplio, acomodándose á las verdades conocidas. Y sobre todo era precisa una religión que no fuese un apetito de la muerte. Bernadette viviendo tan sólo para morir, el doctor Chassaigne aspirando á la tumba, como la única dicha; todo aquel abandono espiritualista, era una desorganización continua de la voluntad de vivir. Al cabo, existía allí el odio á la vida, el disgusto y la paralisis de la acción.

Ciertamente que toda religión es tan sólo una promesa de inmortalidad, un embellecimiento del más allá, el jardín encantado del día siguiente de la muerte. ¿Podría jamás una religión nueva poner sobre la tierra este jardín de eterna dicha? ¿Dónde estaba, pues, la fórmula; dónde el dogma que colmaría la esperanza de los hombres del día? ¿Qué creencia sembrar para que brotase en una cosecha de fuerza y de paz? ¿Cómo fecundar la duda universal para que diese á luz una nueva fe, y qué especie de ilusión, qué mentira divina podía aún germinar en la tierra contemporánea, destruída por todas partes, ahondada por un siglo de ciencia?

En este momento, sin transición aparente, sobre el turbado fondo de sus pensamientos, vió Pedro que se le presentaba la figura de su hermano Guillermo. No se sorprendió, sin embargo; un lazo secreto debía traerle. ¡Cómo se amaban antiguamente, y qué bueno era este gran hermano tan recto y tan dulce! En adelante era completa la ruptura; no le volvería á ver más desde que aquel se había encerrado en sus estudios de química, habitando, retirado del mundo, una casita del arrabal, con una querida y dos grandes perros. Después, continuando aún en su delirio, pensó en aquel proceso en que se había pronunciado el nombre de Guillermo como sospechoso de tener amistades comprometedoras entre los más violentos revolucionarios.

Contábase que después de largos estudios, acaba Guillermo de descubrir la fórmula de un terrible explosivo, del cual solamente una libra

bastaría para hacer saltar una catedral. Y ahora Pedro pensaba en aquellos anarquistas que querían renovar y salvar el mundo destruyéndolo. Eran tan solo soñadores, y soñadores atroces; pero no menos soñadores que los inocentes peregrinos, cuyo rebaño había visto estático, arrodillado ante la Gruta. Si los anarquistas, los socialistas extremos, pedían violentamente igualdad en la riqueza, la posesión en común de los goces de este mundo, los peregrinos reclamaban con lágrimas la igualdad en la salud, el reparto equitativo de la paz moral y física.

Estos contaban con el milagro; aquellos se dirigían á la acción brutal. En el fondo era el mismo sueño exasperado de fraternidad y de justicia, la eterna necesidad de dicha; sin pobres, sin enfermos; todos dichosos. Antiguamente, los primeros cristianos, ¿no fueron revolucionarios temibles para el mundo pagano, al que amenazaban, y al que, en efecto, destruyeron? Aquellos á quienes se persiguió, á quienes se trató de exterminar, son hoy día inofensivos, porque han llegado á formar el pasado. El porvenir horroroso, es siempre el hombre que sueña con la sociedad futura; es hoy día, la locura de la renovación social de formar el gran sueño negro, de purificarlo todo por la llama de los incendios.

Esto es monstruoso. Pero ¿quién sabe? Tal vez esté ahí el mundo rejuvenecido de mañana.

Y Pedro, perdido, incierto, en su horror á la violencia, hacía causa común con la vieja sociedad en su defensa, sin poder decir de dónde vendría el Mesías de dulzura, en cuyas manos hubiera deseado poner á la pobre humanidad enferma.

Una religión nueva; sí, una religión nueva. Pero no es fácil inventarla; y no sabía cómo concluir entre la antigua fe que había muerto y la joven fe de mañana, aún por nacer. Pedro, desolado, sólo estaba seguro de tener su juramento; sacerdote sin creencia velando por la creencia de los demás, cumpliendo casta, honestamente su oficio, con la altiva pesadumbre de no haber podido renunciar á su razón como había renunciado á su carne. Y continuaba suspenso.

Pero el tren, rodando entre grandes parques, la locomotora prolongando sus silbidos, parecían entonar una sonata de alegría que sacó á Pedro de sus reflexiones. Alrededor suyo, se emocionaba, se agitaba el vagón. Acababan de dejar Juvisy; llegarían por fin á París dentro de media hora.

Y cada cual arreglaba sus cosas; los Sabathier rehacían sus paquetitos; Elisa Rouquet echaba la última ojeada á su espejo. Hubo un momento en que la señora de Jonquiére, inquietándose por la Grivota, decidió hacerla conducir directamente al hospital, en el lastimoso estado en que se hallaba; mientras que María trataba de sacar á la señora Vincent de su entorpecimiento, del cual parecía no querer salir.

Fué preciso despertar al Sr. de Guersaint, que había hecho un fin de siesta. Y habiendo dado una palmada sor Jacinta, todo el vagón en-

tonó el *Te Deum*, el cántico de acción de gracias: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur...*»

Las voces subían en medio de un último fervor; todas aquellas ardientes almas daban gracias á Dios por el feliz término del viaje, por los maravillosos favores con que los había colmado y por los demás beneficios que todavía esperaban alcanzar de la misericordia divina.

Entraron en las fortificaciones. En el gran cielo puro de una cálida serenidad, el sol de las dos descendía lentamente. Por encima del inmenso París, humos lejanos, rosáceos, se elevaban en ligeras nubes; un aliento esparcido y volante de un coloso en faena.

Era París en su fragua; París con sus pasiones, sus luchas, su estruendo cada vez mayor, su vida constantemente ardiente en alumbramiento de la vida del día siguiente. Y el tren blanco, el lamentable tren de todas las miserias y de todos los dolores, regresaba allí con gran velocidad, sonando más alto la desgarradora y estridente fanfarria de sus silbidos.

Los quinientos peregrinos, los trescientos enfermos iban á perderse allí, á caer de nuevo en el duro pavimento de su existencia, al salir del prodigioso sueño que acababan de tener, hasta el día en que la necesidad consoladora de un nuevo sueño les obligase á comenzar nuevamente la eterna peregrinación del misterio y del olvido.

¡Ah, tristes hombres, pobre humanidad enferma, hambrienta de ilusión, que en la laxitud de este siglo moribundo, desatinada y atormentada por haber adquirido vorazmente excesivo caudal de ciencia, se cree abandonada por los médicos del alma y del cuerpo, con gran peligro de sucumbir al mal incurable; y retrocede, y suplica el milagro de su curación á los Lourdes místicos de un pasado muerto para siempre!

Allá abajo, Bernadette, el nuevo Mesías del sufrimiento, tan conmovedora en su realidad humana, es la lección terrible, el holocausto apartado del mundo, la víctima condenada al abandono, á la soledad y á la muerte, herida por el desuso de su naturaleza, no habiendo sido mujer, ni esposa, ni madre, porque había visto á la Santa Vírgen.

FIN.